

perdido toda la fuerza moral, y no sólo no podían conseguir que se convirtieran en hechos las disposiciones más indispensables para las atenciones de la salud pública, sino que, por el contrario, y para evitar mayores males, debían acceder á los caprichos y á los antojos de la plebe desatentada. Al principio el pueblo exigía que no se permitiera entrar alma viviente, y el municipio establecía un estrecho cordón sanitario en los límites del término municipal; pero como esto daba por resultado la paralización del comercio, el pueblo mudaba de opinión y exigía la supresión de semejante medida: recrudecía la epidemia, y vuelta al aislamiento. Otro tanto acontecía con todas las demás disposiciones, que se dictaban ó anulaban al compás que aumentaba ó decrecía la mortalidad, según que la extraviada fantasía del vulgo, dejándose llevar por la manifestación del individuo más insignificante, real ó verdadero, las juzgaba saludables ó funestas.

En una palabra, todo andaba desquiciado y revuelto: por todas partes un desolador espectáculo de espanto y miseria: la campiña recorrida por bandadas de pordioseros, y los caminos sembrados de enfermos y de cadáveres abandonados: medio despoblados los lugares y aldeas: en las ciudades, desiertos los sitios de público esparcimiento; desiertos los paseos y casi desiertas las calles; interrumpido el alegre rumor resultante de los que trabajan en sus artes y oficios; cerradas las más de las casas; el ambiente impregnado del olor nauseabundo de las materias desinfectantes, de que estaban sembradas calles y plazas: y por doquiera un silencio sepulcral, sólo de tarde en tarde interrumpido por el quejumbroso lamento de pobres y de enfermos, ayes de muribundos, ó gritos espeluznantes de una plebe furiosa y soliviantada. Á tal extremo se hallaban reducidas las poblaciones de muchas de las provincias de Sicilia y de Nápoles, y téngase en cuenta que el cuadro que he trazado,

dista no poco de reproducir exactamente los terribles colores de la realidad.

Pero el doloroso sentimiento que despierta en el alma el recuerdo de aquellos días aciagos, más que del recuerdo de los inmensos daños y horrores que el cólera produjo, resulta de la consideración tristísima de que la mayor parte de dichos males provino de la ignorancia casi salvaje del vulgo, y, en general, del apocamiento de ánimo de los ciudadanos de todas las clases. El efecto más desconsolador, siquiera no inútil, de la invasión colérica resultante, es sin duda alguna, el haberse demostrado que en materia de civilización y progreso, estamos mucho más atrasados de lo que se cree generalmente, y que el camino que nos queda por recorrer es mucho más largo de lo que se cree, y es menester, por lo tanto, proceder con más empeño y mayor decisión. Sería realmente sobrado difícil demostrar que en ocasiones parecidas, en épocas menos adelantadas que la nuestra, haya llegado más allá el extravío del vulgo, y dado de sí pruebas más deplorables; y que en la generalidad del pueblo, hoy más que ayer, ante las desventuras y el común peligro, la razón se haya sobrepuesto al instinto; la caridad al egoísmo; al pánico y al vil miedo el cumplimiento del deber.

Mas ¿qué hacía el ejército?

El desorden de la administración, la confusión y el miedo que doquier reinaban, habían comunicado audacia á los bribones y malhechores, y dado pie para que su número creciera y aumentara prodigiosamente, y lo mismo los antiguos que los nuevos recorrían la campiña en todas direcciones, entregándose á los mayores excesos y violencias. La tropa, que tenía á su cargo la persecución de los bandidos, y que no podía desatenderla en manera alguna, venía obligada al cumplimiento de otros muchos deberes á cuál más duro y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

peligroso. La fuerza numérica de los cuerpos, que distaba mucho de ser la que se requería en tiempos ordinarios, resultaba por demás escasa para atender también al servicio de hospitales, á los cordones sanitarios y á la seguridad pública. Y sin embargo, todos esos servicios y aun otros eran atendidos, siquiera para ello hubiese sido indispensable dividir las fuerzas hasta un extremo inverosímil, bien que resultando de ello que los soldados no pudiesen dormir en el cuartel dos noches consecutivas, ni comer á las horas reglamentarias, sino cuando buenamente podían, aprisa y corriendo y en el lugar en que se encontraban. En movimiento continuo estaban y sin tiempo para descansar, ni aun en aquellos días en que habrían sido convenientes el reposo, la tranquilidad y toda suerte de cuidados. Con esto no hay para qué decir hasta qué punto se resintió la salud del soldado, y como, gracias á aquella manera de vivir, resultaron poco menos que inútiles las atenciones que se aplicaban á la policía de los cuarteles, á la elección de los víveres y á otras muchas disposiciones dictadas por los superiores y bajo su vigilancia diligentemente observadas por los subordinados.

Con todo el servicio de que se trata era el menos gravoso, y si no siempre, por punto general era prestado por el soldado á intervalos constantes, siquiera brevísimos, y previa y regularmente establecidos, con lo cual se afrontaban con ánimo bien dispuesto así los peligros como las fatigas. Lo peor eran los impuestos de cuando en cuando, por inesperados tumultos populares, en mitad de la noche, á veces simultáneamente en puntos distintos de la misma localidad, para aquietar los cuales sólo podía disponerse de un puñado de hombres que debía habérselas con una multitud armada, cien veces superior en número, que golpeaba furiosamente la puerta del cuartel, y arrojaba piedras á las ventanas, y amenazaba con prender fuego al edificio, gritando furiosa, «¡mueran los envenenadores! ¡mueran los asesinos del pueblo!» y con éstos

otros vituperios no menos horribles. De repente y á deshora resonaba en los dormitorios espantosa gritería; los soldados saltaban de las camas presa del terror, se vestían á prisa y corriendo, acudían los jefes y oficiales, empuñábanse las armas, bajábanse corriendo las escaleras y se hacía frente á la conmoción popular. La muchedumbre amotinada huía, se dispersaba, volvía á agruparse, gritando, silbando, arrojando piedras, y los soldados atacaban de nuevo, y los amotinados volvían á dispersarse, y así horas enteras, á veces durante toda la noche, á veces durante toda la mañana siguiente. Cuando en el tumulto no tomaba parte mucha gente, los soldados salían sin armas, y procuraban reducir á los revoltosos con buenas palabras, por medio de la persuasión, cariñosamente. Conseguíanlo á veces; pero en otras ocasiones eran agredidos y maltratados, y en este caso no les quedaba más arbitrio que regresar precipitadamente al cuartel, y armarse, y echarse de nuevo á la calle; y como entretanto los sediciosos se habían hecho fuertes en las casas, y desde las ventanas disparaban contra la tropa, no quedaba á ésta más remedio que echar las puertas abajo y trabar la pelea. Durante el día trabajo incesante: durante la noche sueño breve é interrumpido: ansiedad, zozobra y peligro continuamente.

Sin esto, en la mayor parte de las poblaciones los soldados debían sacar los cadáveres de las casas, y conducirlos al cementerio en los carros del regimiento, y abrir sepulturas y enterrarlos en ellas. Á veces el pueblo oponía una resistencia feroz, y en tal caso no quedaba más arbitrio que penetrar en aquellos infectos cuchitriles con la bayoneta en la mano, para apoderarse á viva fuerza de los cadáveres putrefactos. Otras veces era preciso ir á buscar los cadáveres en el campo, y cuando no bastaban los brazos de los soldados para semejante menester, no quedaba más medio que obligar á los campesinos á que les auxiliaran, echando mano de las amenazas y arrastrándoles á viva fuerza. Era preciso también

impedir que las gentes abandonaran los pueblos, y para ello se perseguía á los fugitivos; se les conducía de nuevo á sus casas, se les llevaba á pura fuerza, llevando del brazo uno á uno á los individuos todos de familias de mendigos, y bandadas de mujeres y niños que rompían á llorar y que gritaban desesperadamente.

En todos los cuerpos, en todos los destacamentos se hacían colectas de dinero para socorrer á las familias más necesitadas; en algunos pueblos se hacía todos los días distribución de pan, en otros de carne, en otros de rancho, y donde no se podía dar otra cosa se repartían las sobras del rancho, paja para jergones, ropa usada, en suma, lo que buenamente se podía. Muchos fueron los cuerpos en que se constituyeron comisiones permanentes de auxilios; los oficiales recorrían todos los días las moradas de los pobres, repartiendo socorros, prodigando consuelos y dando consejos higiénicos; los soldados cedían para los hospitales los jergones de sus camas, se ofrecían espontáneamente para cuidar y asistir á los enfermos en los lazaretos y en las casas particulares, y realmente iban y desempeñaban alegres y animosos su cometido hasta un extremo indecible. En los pueblos que habían quedado privados de farmacéuticos, despachaban ellos las medicinas bajo la vigilancia é inspección de los médicos militares, y las llevaban á las casas que las habían menester. En los que se habían cerrado hasta las tiendas de los artículos más indispensables para la vida, las hacían abrir á la fuerza, después de lo cual se ponían al frente de ellas y proveían ó intervenían en la venta. Con frecuencia se veían precisados á trabajar para que los mercados no se cerraran, ora velando los depósitos de mercancías, ora velando para que no se turbaran la paz y el orden amenazados de continuo. Lo mismo en las ciudades que en las aldeas se veían obligados á amasar y cocer el pan, trabajo en que nadie quería ocuparse por la creencia de que sudando se contraía el cólera,

y hasta se ocupaban en barrer las calles y las casas de los pobres, haciendo otro tanto los carabineros y los vigilantes de seguridad pública, porque no se encontraba ni aun pagando quien quisiera ocuparse en aquella peligrosa tarea. Comisiones menos humildes, pero no menos difíciles y desusadas se confiaban frecuentemente á los oficiales, que debían desempeñar las veces de alcalde en los lugares abandonados por la autoridad, y á veces los de médico, y siempre las de limosnero y de consejero de higiene en medio de una plebe abyecta, estúpida y exasperada por el miedo y por los sufrimientos y dominada por pasiones feroces. Lo propio acontecía con los médicos militares, sobre los cuales, además del cuidado de la tropa, pesaba casi en todas partes el del pueblo, respecto del cual debían empezar por destruir las preocupaciones y vencer los odios y las repugnancias por medio de la súplica y de la reflexión. Y lo mismo respecto de los jefes de las fuerzas, quienes debían atender á mil necesidades distintas, rodeados de dificultades punto menos que insuperables, preocupados por mil atenciones, pensando incesantemente en su tropa dividida y desparramada acá y acullá, incesantemente en movimiento y en peligro. Y además de esto, para todos y cada uno de ellos, un dolor inmenso: el resultante de tener que dar todos los días el adiós postrero á tantos bravos soldados, á tantos buenos compañeros, á tantos amigos antiguos.

Pero todos estos servicios, estos sacrificios, estas obras de caridad, que aun indicados en globo bastan para despertar en el pecho de todo buen ciudadano un sentimiento de entusiasmo y gratitud, no pueden, según tengo dicho, apreciarse del modo debido, y obtener el merecido aplauso, sin conocer íntimamente la forma y manera cómo se realizaban. Esto es lo que me propongo decir y lo que importa que se conozca, singularmente por aquellos que en los actos generosos llevados á cabo por el soldado sólo saben ver los efectos inmediatos y

necesarios de la disciplina que manda y castiga, y en manera alguna los efectos naturales y espontáneos del corazón, que la disciplina educa, ennoblece y fecunda.

Cierto que en las situaciones de la vida ordinaria, cuando el soldado no comprende, ó no ve, ó entrevé sólo imperfectamente y á gran distancia el fruto que ha de resultar del óbolo que se le pide para el alivio de alguna calamidad pública; ó cuando no puede hacerse capaz de la necesidad imperiosa de otro sacrificio cualquiera, porque presume que hay quién pueda y deba hacerlo en lugar suyo,—los deseos ó las invitaciones de los superiores revisten las más veces, ya que no la forma, la intención y la eficacia al par de prescripciones absolutas y mandatos rotundos, de suerte que no puede atribuirse el mérito de la espontaneidad á los actos resultantes de los mismos; mas esto, en virtud de causas distintas, no acontecía en manera alguna con los llevados á cabo con ocasión del cólera. Y se comprende perfectamente; en aquellas tristes y azarosas circunstancias los soldados, salvas rarísimas excepciones, comprendían y veían claramente que estaba confiada á sus manos la salud pública en los pueblos en que se hallaban, que en determinados instantes no podía contarse más que con ellos para conjurar tremendas desventuras; que eran evidentes y palpables los efectos que inmediatamente resultaban de su abnegación y sacrificios; que nunca faltaba una mano descarnada dispuesta á aceptar codiciosa y movida por la necesidad la moneda humilde ó el menguado pedazo de pan que se le ofrecía, y como el incesante espectáculo de la miseria y de la desventura mantenía viva la compasión, no quedaba lugar en el ánimo para la desconfianza, ni había por qué temer que vacilara ó menguase un solo punto el sentimiento de caridad.

Ni puede fundadamente suponerse que en las obras benéficas que se realizaban sin que lo exigieran las obligaciones del servicio, ó por otras causas que eran de necesidad abso-

luta, ejercieran influencia decisiva los ejemplos de los superiores, ya que eran tan pesadas y frecuentes por sí mismas las obligaciones de que no se podía prescindir, que ningún superior se habría decidido á solicitar otra alguna sin que le hubiese remordido la conciencia. Á más de que, hallándose como se hallaban distribuidos los cuerpos en un número prodigioso de pequeñísimos destacamentos, y operando éstos las más de las veces aisladamente y por su propia cuenta, era por demás insignificante la acción que podían ejercer los superiores sobre sus subordinados para alcanzar algo que rebasara los límites del deber, y de seguro no habría bastado para lograr que se llevara á cabo lo que constituía una verdadera obligación, si del cumplimiento de ella se hubiese sentido imprescindible necesidad. Sin lo dicho debe tenerse en cuenta que las mismas prescripciones de los superiores jamás alcanzaban donde alcanzaba el trabajo de los soldados, ya que, y esto no es para olvidado, sacrificios hay de tal naturaleza que no pueden imponerse de manera alguna; y los lectores verán cuántas y cuáles fueron, y cómo los llevaron á cabo oficiales y soldados de todos los cuerpos, sin excepción alguna.

Y si todavía no bastaran á persuadir á los incrédulos las razones precedentes, ó se juzgaran vivos en demasía ó de sobra fantásticos los colores del cuadro que he de poner ante los ojos del lector, siempre quedaría para confirmar cuanto consigno, el testimonio unánime de los pueblos, y el, no por todos valedero, pero para mí seguro é incontrastable, de tantos de mis compañeros de armas y verdaderos amigos míos, que vieron y narraron lo que hicieron sus soldados, y el modo cómo lo realizaron, con el pecho lleno de gratitud y de nobilísimo orgullo. De lo que vieron por sus propios ojos, y de lo que con su voz refirieron, he obtenido yo la convicción íntima que me anima y mueve mi pluma.

Por punto general las compañías sólo de noche estaban reunidas á la hora de la retreta. En tanto aguardaban el toque de lista, los soldados se referían mutuamente lo que habían visto y lo que habían hecho durante el día, sentados unos en sus camas, apoyados otros en las ventanas, reunidos otros en los pasillos de los dormitorios. Nada de aquel movimiento, de aquellos cantares, de aquella alegría, de aquel rumor alegre y animado que en la vida ordinaria hace tan gratas y dignas de verse las animadas escenas que ofrecen de noche los cuarteles. Los más de los soldados permanecían inmóviles, y sólo se podía escuchar un rumorcillo tenue y apagado, interrumpido aquí y allá por una que otra exclamación de sorpresa, de ira ó de lástima, seguidas de prolongados intervalos de profundo silencio, durante los cuales habríase dicho que estaban todos entregados al sueño. Los soldados que paulatinamente iban llegando, dirigíanse silenciosos á sus lechos, y después de haberse quitado el kepis y el cinturón, juntábanse á los corros, dando cuenta cada cual de las últimas nuevas que había recogido en el pueblo, que, no hay para qué decir, que lo eran casi siempre de horrores y desventuras. El que de otra suerte no lo hubiese sabido, se habría hecho cargo de lo que en aquellos grupos se hablaba y comentaba con sólo contemplar en cada una de las cuadras los contados rostros iluminados por la lamparilla colocada encima de la puerta.

—¿No lo sabéis?—decía uno.—En Grammichele han muerto á un carabinero; los soldados le han hallado muerto en el fondo de una zanja; dicen que tenía la cara completamente chafada y destrozada, que apenas podía ser reconocido, y los brazos y las piernas medio comidas por los perros.—No faltaba quién preguntara por qué lo habían muerto.—Porque envenenaba á la gente,—contestaba el primero,—y una amarga sonrisa entreabría los labios de los oyentes.—¿Sabéis lo que pasa?—decían otros.—En Belpasso han asesinado al

delegado de seguridad pública.—En Monreale las han emprendido á tiros con los cazadores.—En Ardore han muerto y descuartizado al capitán de la guardia nacional y al subteniente Gazzone.—En tal otro pueblo han fijado en las paredes una proclama en la cual se dice que es menester ahorcar y quemar á todos los soldados y destruir todos los cuarteles sin dejar uno solo en pie... Y todo esto porque envenenamos á las gentes.

Sonaba un redoble de tambor; las compañías se formaban; se pasaba lista; faltaban la mitad de los soldados. El sargento leía los nombres, y cuando faltaba alguno, el cabo de semana, con el cuaderno en la mano, de pie junto al sargento, le decía en voz baja:—Enfermo en el lazareto,—de patrulla en el campo,—de ronda por el pueblo,—de servicio en el cementerio,—muerto.—Y al escuchar tal palabra podía notarse en las filas un movimiento de sorpresa y un murmullo de compasión.—¡Silencio!—exclamaba el sargento, y añadía:—Orden del día para el servicio de mañana.—Y leía los nombres de los que estaban destinados á los diferentes servicios para el día próximo, que las más de las veces eran todos los presentes. Ninguno resollaba. Alguno acaso, oyendo su nombre entre los que estaban destinados al servicio de enfermeros de los hospitales, no podía evitar un gesto de repugnancia y de pesar, y levantaba los ojos sacudiendo la cabeza.—¿Qué hay?—preguntaba inmediatamente aquel de los sargentos que primero había notado el acto.—¡Oh!... nada.—Firmes, pues.—Y el pobrecillo no se movía, y era aquella la protesta más grave á que se atrevían los más indóciles y atrevidos.

En las noches de aquellos días en que el cólera había causado más víctimas, así en el pueblo como en la tropa, veíase á todos los soldados atentos á la lista con la inmovilidad de estatuas, pudiendo leerse en sus rostros una expresión que más que de tristeza tenía de estupidez, por lo mismo